



Artistas franceses en la Gare de l'Est, camino de Alemania. Entre ellos están los pintores fauvistas Maurice de Vlaminck, Kees Van Dongen y André Derain. :: LAPI/ROGER VIOLLET

# El auge cultural del París ocupado

**Un ensayo desvela que numerosos artistas galos trabajaron en su país con normalidad bajo el control nazi**

**BILBAO.** En los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, cuando París trataba de restañar sus heridas y olvidar los cuatro años de ocupación, circulaba un chiste que se hizo célebre en los ambientes intelectuales. «¿Cuándo se incorporó Sartre a la Resistencia? El mismo día que la Policía de París...». Los detractores del filósofo existencialista, que los tenía en igual o mayor cuantía que admiradores, criticaban así la sutil ambigüedad de la que había hecho gala durante la ocupación. Cuatro años en los que no solo no fue molestado por las autoridades de Vichy o los nazis, sino que pudo publicar con normalidad y estrenó obras teatrales que pasaron la censura sin dificultad. Y regresó a la capital interrumpiendo sus vacaciones apenas unos días antes de su liberación por los aliados. No fue el único: numerosos intelectuales y artistas galos siguieron trabajando, estrenando, publicando o exponiendo sus obras y algunos lograron un reconocimiento popular que luego, cuando llegó la paz, aprovecharon sin sonrojo. Lo cuenta con todo detalle Alan Riding en 'Y siguió la fiesta. La vida cultural en el París ocupado por los nazis' (Ed. Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores), un libro que será presentado hoy.

Riding se cuida de advertir de lo difícil que resulta fijar la frontera entre colaboracionismo, resistencia y supervivencia. Pero de la lectura de su libro se desprende que muchos



**CÉSAR COCA**

✉ ccoca@elcorreo.com

intelectuales y artistas se sumaron a la oposición cuando ya no había riesgo, después de haber guardado un significativo silencio, cuando no coqueteado abiertamente, con las autoridades progermanas durante años.

El panorama cultural y político de la Francia prebélica ya permitía vislumbrar lo que iba a suceder. Entre el fin de la Primera Guerra Mundial (1918) y la ocupación alemana, un período de menos de 22 años, se sucedieron en el país 34 gobiernos. Quizá por esa inestabilidad, durante los años treinta los artistas más jóvenes se inclinaban por posiciones políticas extremas y, vistas con perspectiva, escasamente democráticas. Una prueba: los acuerdos de Múnich, que daban vía libre a Hitler para anexionarse los Sudetes, apenas recibieron críticas en ese mundillo.

Justo meses antes de la ocupación, París vivía una febril actividad cultural. Y cuando los alemanes entraron en la ciudad, una de las preocupaciones de la cúpula nazi fue que todo siguiera igual. Con excepciones, porque los judíos fueron proscritos

—en el mejor de los casos; porque muchos fueron subidos a un tren rumbo a Auschwitz—, pero el resultado general fue que aumentó el número de obras de teatro, funciones de ópera y conciertos, y el cine vivió una época esplendorosa, al menos en cuanto al número de títulos producidos.

## Apoyo intelectual

El Gobierno de Vichy, con Pétain a la cabeza, se rodeó de intelectuales. Muchos se habían sentido aliviados con el armisticio y no faltaron quienes se ganaron un lugar en el Olimpo artístico a base de elogios a la visión política del anciano general. El dramaturgo Jean Giroudoux fue quien llegó más lejos al ocupar el cargo de ministro de Información del Gobierno colaboracionista. Otros se quedaron solo un poco más abajo en su apoyo al Ejecutivo proalemán: el escritor y director de cine Marcel Pagnol no dudó en añadir a uno de sus filmes una escena en la que una familia escucha con sumo respeto el discurso de Pétain proponiendo un acuerdo con Alemania.

Los artistas que se sumaron con entusiasmo a la causa de Vichy fueron muchos al principio: el arquitecto Le Corbusier, que soñaba con ser contratado para diseñar la renovación urbanística de Argel; el pianista Alfred Cortot —con quien el catalán Pau Casals hizo tanta música de cámara—, primer artista francés en dar



Hitler en su única visita a París, con Speer (izda.) y Breker.

